



un mutilado de guerra al que faltaba un brazo —por puro accidente, en honor a la verdad o a la verdad que se sabía en el barrio, y que no tenía nada que ver con guerra ninguna aunque mi padre se obstinara en sostener que sí, y de la “nuestra”, además, razón por la que él (mi padre) le tenía una terrible antipatía al dar por hecho que lo era (mutilado) del bando franquista y, en venganza, jamás quiso comprarle un periódico aunque sí la *Cartelera*<sup>1</sup> los sábados —que fue, sin saberlo, el precursor de los self-services gracias nada más a su costumbre de dejar unas monedas junto a la pila de periódicos y largarse al bar de la esquina, junto a la farmacia, a beber cazalla.

---

<sup>1</sup> Un cuadernito pequeño, en blanco y negro, en el que venían todas las salas de cine de la ciudad y las películas. Al lado de cada película figuraba la “calificación moral” mediante números que iban del uno al cuatro; y la leyenda para cada número era la siguiente:

- 1 - Niños.
- 2 - Mayores.
- 3 - Mayores con reparos.
- 4 - Gravemente peligrosa.